

CREADORES DE UNIVERSOS:

# DESOLACIÓN



IVÁN ZALDÍVAR SANTAMARÍA

# Creadores de universos: Desolación

Iván Zaldívar Santamaría

Primera edición: noviembre, 2022

Título: *Creadores de Universos: Desolación*

© Iván Zaldívar Santamaría 2022

© Corrección: Israel Sánchez (Letra Vera)

© Diseño y maquetación: María Juarros (Letra Vera)

© Ilustración de cubierta: Pablo Mazón

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# Agradecimientos

Como viene siendo habitual, mis primeros agradecimientos son para mi familia: mis padres, mi hermana, mi esposa y mi hija. También para los amigos, qué sería yo sin vosotros.

Para mis infatigables lectores cero: Cristina Bastida, Fiti, Mayte Trasancos y Luis María Díez de Ansuriza.

Para Pablo Mazón que, superándose a sí mismo, ha dado vida con la ilustración de la portada a uno de los lugares más emblemáticos de esta novela.

A mis estimados Israel Sánchez y María Juarros, por su ayuda y apoyo en esta aventura.

Y como siempre, los más importantes de todos, mis lectores. Vosotros sois los que hacéis que la historia crezca y se convierta en el principio de lo que puede ser toda una epopeya...

# Introducción

Syrax, encogido, intimidado por las seis sombras que se erguían en el estrado frente a él, contuvo la respiración. Creyó distinguir la silueta de Nara en una de ellas, pero la ansiedad le impedía estar seguro. Metió la mano en el bolsillo por enésima vez y palpó con nerviosismo el dispositivo en el que guardaba la copia de la autorización firmada.

—Analista Syrax —dijo una de las sombras con una voz masculina y autoritaria—. Te hemos convocado para revisar los últimos hechos en la prueba gestionada por el director Kairoon. También al sujeto de dicha prueba. Tú los conoces bien, ¿no es así?

«El sujeto es una persona y se llama Sara», pensó molesto el joven.

—Sí, señor.

—¿Qué tienes que decirnos?

Syrax tragó saliva; respiró hondo antes de hablar:

—Después de los ajustes del archivista...

—¿Quién autorizó tales ajustes? No es un procedimiento estándar.

—El director Kairoon —contestó con firmeza el joven.

Se produjo un silencio breve, seguido por cuchicheos entre las sombras. Syrax sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—Prosigue —ordenó el que había hablado hasta entonces.

—Hay muchas irregularidades en torno a la prueba. Las directrices enviadas al archivista, la manera en que este las ha ejecutado. Parece que...

—¿Parece? Analista Syrax, ¿podrías ceñirte a los hechos y ser más específico?

El joven agachó la cabeza.

—Lo siento, no. Ya no tengo acceso a los datos del proyecto del director Kairoon.

Los cuchicheos volvieron a oírse.

—Puedes retirarte. La junta necesita deliberar. Te convocaremos de nuevo en los próximos días.

# Capítulo 1

---

Sara lloraba hecha un ovillo en el suelo. La soledad era incluso más opresiva que las tinieblas. No soportaba la ausencia de Zor-eel, la incertidumbre de no saber qué había sido de ella. Era una sensación punzante en el pecho que le robaba el aliento.

«¿Qué voy a hacer ahora?», rumió angustiada. Nunca había concebido la idea de no estar con ella. Se encontraba vacía, perdida. «Voy a morir». Ese pensamiento, aquella certeza, se clavaron como dardos en lo más hondo de su pecho. No hacía tanto, hablaban sobre las veces que la sacerdotisa le había salvado la vida. «Ya no podrá hacerlo nunca más».

Pensó en volver al cruce, pero descartó la idea de inmediato. Por un lado, casi no le quedaba energía. Por otro, no quería enfrentarse al archivista. «¿Qué otra opción me queda? Otro planeta, un nuevo horror desconocido. Por favor, que sea la Tierra». Sabía que no iba a tener tanta suerte. Metió la cabeza entre las rodillas y continuó llorando.

El tiempo fluyó junto a las lágrimas, sin freno. Cuando Sara reunió la fuerza de voluntad necesaria para sacar el móvil de la mochila, podían haber pasado segundos o minutos. «Ni siquiera tengo una foto suya». La luz de la pantalla ahuyentó las sombras y reveló un corredor de piedra irregular, el pasaje de una cueva. Al activar la linterna, la roca mostró tonos pardos y grisáceos.

El sonido llegó de improviso. Un eco distante, apagado, que Sara no supo identificar como real o fruto de su imaginación. Apagó el dispositivo y pegó la espalda a la pared. Contuvo la respiración cuando los ruidos pasaron a ser una aterradora evidencia. Pasos. Alguien caminaba hacia ella.

Apretó con fuerza el móvil, lista para lo inevitable. Cuando tuvo el sonido casi encima, conectó la linterna y dirigió el haz de luz hacia él. Dos figuras se encogieron con gritos ahogados, cubiertos los rostros por los brazos.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —preguntó Sara intentando que la voz no le temblase.

Los examinó mientras farfullaban palabras que no entendía. Tenían cuerpos menudos, cubiertos por ropas raídas y grises. La única piel a la vista, la de las manos, era blanca como el hueso y estaba plagada de manchas oscuras. Las pocas esperanzas que Sara albergaba de estar en casa desaparecieron. A pesar de que los desconocidos eran humanos, intuía que aquello no era la Tierra.

No le dio la impresión de que quisieran hacerle daño, así que apuntó la linterna al suelo, como delimitando hasta dónde les permitiría llegar. Retrocedió un paso. Ellos no avanzaron ni un centímetro. Bajaron los brazos poco a poco y la contemplaron con unos ojos claros y brillantes, llenos de miedo mal disimulado. Eran un chico y una chica. No tendrían ni veinte años. La joven, escondida detrás del hombro de su compañero, dijo algo ininteligible.

—Esperad —pidió Sara, a la vez que hacía un gesto con la mano que deseó que comprendieran.

Rebuscó en la mochila y, tras encontrar el auricular de Tempus, se lo colocó en la oreja.

—No os entiendo, pero pronto lo haré.

La pareja intercambió miradas confundidas, que después dirigieron a ella.

—Hablad —rogó Sara—. Necesito que habléis para que esto funcione.

Al ver que no rompían el silencio, se puso la mano en el pecho y pronunció su nombre. Lo repitió varias veces, hasta que vio un destello de comprensión atravesar los ojos de los muchachos.

—Fee —articuló el joven.

—Sue —dijo su acompañante.

—Bien, pero tenéis que decir más cosas —musitó Sara.

Se pellizcó la oreja. Necesitaba hacerlos hablar.

—¿De dónde venís? ¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó con ademanes suaves.

Dio un paso al frente y ellos retrocedieron.

—No quiero hacerlos daño.

Recibió miradas de recelo e incomprensión. Abatida, hundió los hombros y soltó un suspiro.

—Necesito que habléis —dijo con un lánguido hilo de voz.

El chico farfulló algo a su compañera y esta negó con la cabeza. Frunció el ceño, miró a Sara y le hizo una señal para que lo siguiera. Sue no parecía muy convencida, porque cogió al otro del brazo y lo increpó en tono severo.

Sara asintió con la mejor sonrisa que pudo componer y marchó tras los jóvenes. Los oía discutir en susurros y, aunque se acercó a escuchar, permaneció todo lo lejos que pudo para no asustarlos. Todavía no entendía nada, pero era cuestión de tiempo.

Al poco, las palabras cobraron sentido en su cabeza.

—¿Y si es una cambiante? —preguntó Sue.

—No parece una cambiante.

—Tú qué sabrás —replicó con un resoplido la joven—. Te he visto mirarle los pechos. Quieres que no lo sea, pero no lo sabes.

—No se los miraba. Es que son diferentes. Más grandes.

Sue lo miró irritada.

—Pues por eso. Seguro que es una de ellos. ¿Has visto lo que lleva en la mano?

—¿Y entonces por qué no iba a hablar nuestra lengua?

La muchacha lanzó una mirada suspicaz a Sara.

—O eso quiere que creamos.

De repente, con los ojos cargados de pavor, agarró con fuerza el brazo de su compañero.

—¿Y si es una sombra?

—No digas tonterías. Las sombras no existen.

Sara dudó. ¿Debía esperar? ¿Decirles algo? La sensación de amenaza había pasado. Los muchachos parecían tener más miedo de ella que a la contra. Sin iluminarlos directamente apenas podía distinguirlos, y sin embargo ellos avanzaban con resolución, como si no necesitaran luz alguna para conducirse por aquellos túneles.

Por lo poco que podía ver, el chico tenía el pelo oscuro y rapado. Las manchas en la piel eran visibles en su cogote. La chica, Sue, lucía una melena corta y desgredada. Cuando se giraban, los ojos de ambos se veían grandes y claros, grises quizá, y brillaban en la oscuridad igual que los de un gato. Sus ropas eran meros harapos de una tela tosca e irregular, como si las hubieran confeccionado con retazos de otras prendas.

—Ahora os entiendo —dijo Sara, incapaz de permanecer más tiempo en silencio.

Los muchachos frenaron, sobresaltados. Sue se escondió detrás de Fee y asomó con desconfianza la cabeza por un costado. Sara levantó las manos. Al hacerlo, el haz de la linterna los alcanzó y ambos arrugaron los rostros.

—Perdón —musitó.

—¿Qué eres? —preguntó Fee con voz trémula.

Sara los miró confundida. En la penumbra, los chicos no parecían diferentes a ella. Más bajitos y delgados, pero eso era todo. Y también estaban las manchas. Les recorrían la piel allá donde mirarse, como grandes pecas irregulares.

—No entiendo a qué te refieres —dijo con suavidad—. Soy como vosotros.

Fee la escudriñó, deteniéndose varias veces en su pecho.

—¿Puedes apagar eso? —rogó más que preguntó.

—Si lo hago no podré ver.

Sue tiró con fuerza de la manga de Fee.

—¿Eres una cambiante? —preguntó con voz aguda y entrecortada.

—¿Qué es un cambiante?

—Espera —pidió Fee.

Revolvió entre los pliegues de su ropa y sacó un visor opaco con una estrecha rendija para cada ojo. Con él puesto, la volvió a inspeccionar. El escrutinio incomodó a Sara hasta tal punto que se rodeó el torso con los brazos.

—No sé lo que es —murmuró Fee—. No es una cambiante, eso seguro, pero tampoco de los nuestros.

Sue lo agarró de la ropa con una mano, con los ojos cubiertos por la otra, y tiró de él hacia atrás.

—No te fíes.

Sara pudo escucharlo, aunque la joven lo había murmurado en el oído de su compañero.

—Mirad, chicos. No sé si os lo vais a creer o no, pero soy de otro planeta.

Lo dijo con naturalidad, como si fuera un hecho cotidiano. No esperaba la reacción: si antes le tenían miedo, lo que vio en ese momento fue un absoluto y profundo terror. Ambos retrocedieron con pasos atropellados.

—¿Te envían los dioses? —balbuceó Sue.

«Por todos los... —pensó Sara—. No puede ser que allá a donde vaya me encuentre con los malditos dioses».

—No —dijo dudando—. He llegado aquí por mi cuenta.

¿Qué podía decir? Lo que fuera para tranquilizarlos.

—¿Desde dónde? —preguntó Fee.

Sara se mordió el labio. «A ver, ¿qué me gustaría que me dijeran si me encontrara con un alienígena en la Tierra?».

—Vengo de un planeta muy lejano. En son de paz. Soy una exploradora.

No pareció que aquello los calmara demasiado.

—Mi misión es ayudaros en lo que pueda.

A pesar de que había sonado más convincente en su cabeza que al decirlo, produjo un efecto imprevisto: los ojos de los muchachos brillaron con esperanza.

—¿Contra los cambiantes? —preguntó el chico.

—Con lo que sea —respondió Sara.

«¿En qué lío me estoy metiendo?».

—¿Tienes armas? —preguntó Fee.

—¿Armas? No, ya os he dicho que vengo en son de paz.

—Pero tienes tecnología —dijo Sue señalando el móvil con un dedo tembloroso.

Había pronunciado aquella palabra con fervor, como si fuera algo sagrado.

—¿Qué? Sí, bueno...

«A ver qué digo. Mejor pensarlo bien antes de hablar».

—Es solo para explorar —dijo sin saber qué más añadir.

Los jóvenes parecieron desinflarse.

—Yo creo que deberíamos llevarla ante los ancianos —sugirió Sue.

—¿Por qué? No van a querer hacer nada, como siempre —replicó Fee.

—Es nuestro deber. Además, ellos sabrán mejor que nosotros...

—No. Al menos hasta que sepamos qué les vamos a contar.

Sara se impacientaba. El miedo y la sorpresa inicial habían pasado y la referencia a los dioses no hizo sino traerle recuerdos de Zor-eel. Si su amiga hubiera estado allí, sabría qué decir, qué preguntar.

—¿Por qué no me contáis un poco sobre vosotros y quiénes son esos cambiantes? Así sabré mejor cómo ayudaros.

Los chicos cruzaron rápidas miradas.

—¿Ves? ¿Para qué querría una cambiante preguntar eso? Ya saben quiénes somos —musitó Fee.

—A no ser que quiera confundirte —renegó Sue.

—De verdad que no quiero haceros daño —dijo Sara—. No sé quiénes sois.

Fee dio un paso al frente y se irguió. Era media cabeza más bajo que Sara y media más alto que Sue.

—Somos parias. Nuestro pueblo vive bajo tierra, sometido a la voluntad de los cambiantes.

Temblaba, pero mantuvo la posición con estoicismo. «Es valiente —reconoció Sara—. O un irresponsable. O quizá ambas cosas».

—¿Quiénes son esos cambiantes?

—Son monstruos. Viven fuera, en la ciudad.

—¿Hay ciudades?

—La ciudad.

«Menos mal, por ahora nada de dioses», pensó Sara.

—Y esos cambiantes tienen armas.

Ambos asintieron.

—Y tecnología —apuntó Sue.

De nuevo lo había pronunciado con devoción. Sara ignoró aquello.

—Vuestro pueblo, los parias, ¿cuántos sois?

Los jóvenes le lanzaron una mirada recelosa.

—¿Prometes que no vas a hacernos daño? —preguntó Fee.

—Lo prometo.

El joven reflexionó durante unos segundos. A pesar de los tirones de su compañera, acabó mirando a Sara con ilusión.

—Confío en ti. Ven, te lo mostraremos.

Caminaron durante un buen rato, recorriendo corredores que ascendían y bajaban, que se estrechaban y se hacían más anchos, altos como dos hombres y tan bajos que los muchachos tenían que agacharse para atravesarlos. El último desembocó en una escalera ascendente, tallada a mano en la roca. Subieron por ella hasta que, en un momento dado, Fee paró y miró a Sara.

—Ya puedes apagar eso. Aquí no te va a hacer falta.

Sara torció los labios, reticente a quedarse sin luz. Desconectó la linterna, pero dejó la pantalla del móvil encendida. Subió con tiento los últimos peldaños y vio que la escalera daba a una abertura por la que entraba una tenue claridad.

Sue desapareció en ella y Fee la siguió sin dudar. Sara avanzó con paso titubeante y la vista, tan espectacular que por un momento le hizo olvidar el miedo a las alturas, le cortó la respiración.

Habían llegado a una caverna de proporciones descomunales, cuyos límites se perdían más allá de lo que alcanzaba la vista. Al prin-

cipio creyó que sobre las cabezas tenían cielo abierto, pero al examinarlo con más atención vio que no era así. Lo que le había parecido la bóveda celeste era en realidad roca sólida repleta de cristales azules, rojos, amarillos, violetas, anaranjados, todos brillando como estrellas diminutas.

Se encontraban en una angosta repisa a medio camino entre el suelo y el techo. Al bajar la mirada a las profundidades, vio varios agujeros en las paredes e intuyó una multitud de personas. Recorrían campos labrados de tonos verdes salpicados por motas blancas. Otras criaturas, más achaparradas, deambulaban entre las plantaciones.

Presa del vértigo, dio un paso atrás y contempló el techo, hechizada por el despliegue multicolor. Le recordó a la cueva de Ninmah en Dilmun. Aquello le hizo pensar de nuevo en Zor-eel, y en esa ocasión también en Ya-kobu.

Con la visión borrosa por las lágrimas, lo encontró. Más allá del techo, justo por encima de la roca, captaba una luz que eclipsaba el fulgor de los cristales. Sentía su energía desde allí. Aquel lugar guardaba uno de los objetos que los padres celestiales dejaban para ella.

## Capítulo 2

Descender por los estrechos peldaños de piedra de uno de los laterales de la gruta no fue agradable para Sara. Guardó el auricular junto al móvil dentro de la mochila y probó a bajar con la espalda pegada a la pared y la bolsa al pecho. Cerró los ojos y detuvo la marcha, pálida. Acabó por agarrar con una mano a Fee y bajar con la otra bloqueando la visión del precipicio, de manera que lo único que veía era la pared de roca por la que arrastraba el hombro y la espalda del muchacho.

Cuando llegaron al suelo, después de lo que le pareció una eternidad, comprobó que era de tierra y no de piedra. Se puso la mochila a la espalda y echó una ojeada alrededor. La luz etérea de los cristales le permitía ver lo que tenía cerca y vislumbrar lo más lejano.

Inspeccionó a los muchachos bajo aquella iluminación. Tenían rasgos similares: la nariz, los ojos, la forma de la cara; quizá fueran familia. Las manchas de la piel presentaban un color normal, como el suyo, mientras que los espacios entre estas eran de un blanco casi transparente, con las venas visibles bajo la superficie. Su apreciación inicial sobre el color de sus ojos había sido acertada. Eran de un gris tan claro que resultaban inquietantes.

—Espéranos aquí, por favor —pidió Fee—. Te buscaremos ropas para que pases desapercibida.

Él y Sue salieron a la carrera. «No hace tanto, estaría muerta de miedo en una situación como esta —pensó Sara—. Sin embargo, ahora es algo casi normal. Por otro lado, tiemblo cada vez que veo un precipicio».

Apoyó la mano en la pared y sintió un cosquilleo que le hizo olvidar aquellos pensamientos. Al investigar la roca descubrió que estaba plagada de brillantes y casi imperceptibles puntos, como si la luz de los cristales del techo se reflejara en minúsculos espejos esparcidos por la pared. El tacto también era extraño y reforzaba la presencia del objeto que había sentido sobre el techo. Notaba el pulsar de su energía, como el suave traqueteo que puede percibirse dentro de un tren. Al retirar la mano descubrió que la tenía llena de esos puntitos brillantes, lo que le arrancó una sonrisa nostálgica. «Como en los viejos tiempos, cubierta de purpurina».

Los chicos no tardaron en volver con unos pantalones, una camisola y unas alpargatas. Sara se colocó las prendas encima del mono de Tempus y guardó sus botas de montaña en la mochila. Los muchachos le dirigieron una mirada crítica; la ropa le quedaba muy justa.

—Te dije que teníamos que traer algo para su bolsa —renegó Sue.

—Da igual, no creo que nadie vaya a fijarse.

—¿Qué no? Mírala, como si no fuera lo bastante llamativa.

El muchacho sacudió la mano, quitándole importancia a lo que su compañera acababa de decir.

—Movámonos rápido y listo.

La condujeron a uno de los agujeros en las paredes y, por el camino, Sara fue consciente de la cantidad de gente que había allí. Cientos de personas, si no más, iban de un lado a otro cargadas con cestos o enseres de labranza. Eran como los muchachos, delgados, menudos, de piel moteada y grandes ojos claros. Resultaba difícil distinguir a los hombres de las mujeres, ya que estas apenas tenían pecho y eran de caderas estrechas. Solo el pelo, que ellos llevaban rapado, permitía diferenciarlos.

También descubrió más detalles sobre los cultivos. Una manta de musgo y líquenes de diferentes tonalidades verdes, rota aquí y allá por amarillos y naranjas, cubría el suelo. Los puntos claros que había visto desde lo alto eran hongos, tan grandes como mesas y alrededor de los cuales crecían otros más pequeños. Lo que no pudo identificar fueron los otros seres que había detectado antes. Entrevió entre los champiñones cuerpos achatados y largos, de colores apagados, pero no logró reconocer qué eran.

Al llegar a su destino, los recibió un corredor oscuro que dio paso a una gruta pequeña e iluminada por un solitario cristal azul.

—Este es nuestro hogar —anunció Fee.

Sara miró en derredor. Había dos esterillas tiradas en el suelo, una pila oscura de hongos secos y varios recipientes de arcilla. Aquello era todo.

—Está muy bien —dijo con toda la amabilidad que pudo—. ¿Vivís solos? ¿Y vuestros padres?

Sus anfitriones intercambiaron unas miradas tristes que luego fijaron en el suelo.

—Ya no están aquí —respondió Sue.

Sara supo al instante que había tocado un tema delicado. Tomó nota mental para preguntar más adelante y miró a otro lado mientras el silencio se espesaba.

—¿Tienes hambre? —preguntó Fee.

Sara descubrió con sorpresa que así era. En Skan la quintaesencia la había mantenido saciada, pero con la energía consumida su estómago empezaba a quejarse.

—No quiero ser una molestia —dijo al ver la manera en la que vivían.

—No te preocupes. Traeremos algo de cenar.

«¿Cenar? —pensó Sara—. ¿Cómo saben qué hora es?».

Los jóvenes se fueron y, una vez sola, Sara buscó distraída entre los recipientes. Vio una vasija llena de agua y vertió un poco en un tosco vaso de arcilla. Bebió con ansia y pensó en tomar un poco más, pero se contuvo al pensar que quizá fuera difícil de conseguir.

Cuando Fee y Sue regresaron, lo hicieron con cuencos humeantes. Sara examinó el suyo: trozos de hongo y unos pedazos de algo blanquecino en un caldo caliente. No olía nada mal. Tomó un bocado y el sabor no le desagradó. Los hongos tenían un gustillo fuerte y terroso. Lo que no supo identificar sabía a patata, aunque tenía una consistencia más sólida. Dio buena cuenta de todo con rapidez, al igual que sus compañeros.

—He bebido un poco de agua. Espero que no os importe.

—Claro que no —dijo Fee, despreocupado—. Toda la que necesites. Si se acaba traeremos más.

La observó dubitativo, abrió la boca y la cerró sin decir nada.

—Les hemos hablado de ti a algunos de nuestros amigos —dijo al cabo de un rato, armándose de valor—. Les gustaría conocerte.

—Pensé que no queríais que llamara la atención —dijo Sara.

—Exacto —refunfuñó Sue.

Miraba a Fee con ojos reprobatorios. Él sacudió la cabeza y chasqueó la lengua, ignorando a su compañera para centrarse en su invitada.

—No te preocupes, son de confianza.

Caminó hacia la salida y le indicó que lo siguiera. Sue marchó tras él, con el ceño fruncido y Sara pegada a los talones.

—Deberíamos ir a ver a los ancianos —rezongó tan pronto como salieron del corredor.

—Está bien —dijo él, alargando la última palabra—. Iremos luego.

Atravesaban el bosque de champiñones, casi tan altos como los muchachos, cuando Sara detectó un movimiento a un lado. Los sombrerillos de los cultivos se agitaron, cada vez más cerca de ellos.

De repente, una forma pálida surgió de entre los tallos. Sara soltó un grito al darse cuenta de lo que era: un gusano gigantesco, tan grande como un cerdo, caminaba hacia Sue.

La muchacha, lejos de asustarse, lo abrazó con cariño. Sara lo contempló horrorizada. El cuerpo, alargado y rechoncho, parecía hecho de madera nudosa, con un caparazón más oscuro en la parte superior. Tenía ocho patas cortas y gruesas, acabadas en uñas largas, sobre las que elevaba la panza apenas unos centímetros del suelo y solo a intervalos; el resto del tiempo la reposaba sobre la tierra. Pero sin duda lo peor era la cabeza, que al principio Sara confundió con el trasero. Era una arruga enorme y sin ojos, hendida hacia dentro y de la que sobresalía una abertura bulbosa y oscura.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Sara, asqueada.

—Es uno de nuestros animales —respondió Fee, amable—. No te asustes, son muy cariñosos.

La instó con la mano que se acercara. Sara lo hizo muy poco a poco, con la nariz arrugada a pesar de que aquel ser no despedía ningún olor.

—Acarícialo. Les gusta mucho —dijo Sue desde el otro lado.

Sara alargó el brazo con reticencia. Tocó el lomo y comprobó que era duro como la roca.

—Ahí no, más abajo —indicó la joven.

Sara, a regañadientes, bajó la mano para dar con una piel más suave en los costados. El animal vibró con el contacto. Sara continuó con los mimos hasta que el gusano, en apariencia satisfecho, prosiguió su camino con un lento contoneo.

—Nunca había visto nada igual.

—Son nuestra principal fuente de alimento, junto con los hongos —explicó Fee.

—Espera un momento. ¿Lo que hemos comido antes era...?

Calló al sentir una arcada. Los jóvenes la miraron asombrados.

—Claro, ¿qué si no? —dijo Sue.

Sara se cubrió la boca con la mano. La náusea pasó rápido. «Mejor no pensar en ello. Solo en que no sabía mal».

—¿Seguimos? —preguntó con el estómago todavía un poco revuelto.

Pasaron por un lugar donde todo un rebaño de aquellos animales dormitaba plácidamente y siguieron hasta alcanzar uno de los bordes de la caverna. Al internarse en un corredor, Sara tuvo que volver a sacar el móvil y encender la pantalla. En pocos minutos y tras cruzar varias bifurcaciones, llegaron a una sala amplia repleta de jóvenes.

Sara guardó el dispositivo. Cristales de colores adornaban las paredes y el techo, derramando una luz tenue sobre el grupo. Sintió las miradas inquisitivas, el escrutinio al que cada uno la sometía.

—Esta es Sara —anunció Fee—. Es una exploradora de otro mundo.

Como si aquel fuera el permiso que estaban esperando, todos se acercaron a examinarla de cerca. Cada uno empezó a disparar una batería de preguntas.

—¿Cómo es tu planeta?

—¿Has llegado en una nave?

—¿Del lugar del que vienes son todas como tú?

A Sara le extrañó que le hablasen de naves, pero respondió como pudo a las cuestiones que le planteaban. Aquello provocó más preguntas y estuvo un buen rato intentando saciar la curiosidad de los jóvenes, hasta que se dio cuenta de que no iba a conseguirlo.

—¿Por qué no me contáis algo de vosotros? Me gustaría conocer vuestra historia —dijo con la esperanza de dejar de ser el centro de atención.

—¡Vayamos a las aulas! —propuso una chica.

Los demás asintieron entusiasmados. Llevaron a Sara casi en volandas a otra caverna. La nueva estancia era más oscura, sin apenas cristales. A pesar de que casi no podía distinguir a quienes tenía al lado, Sara resistió el impulso de sacar de nuevo el móvil. Sabía que la luz incomodaba a sus acompañantes y temía que volvieran a acosarla con un sinnúmero de preguntas.

Se produjo una breve discusión entre los muchachos para decidir quién iba a ser el portavoz del grupo. Al final, los demás empujaron al frente al más enjuto y bajito. Carraspeó antes de hablar.

—En tiempos de nuestros ancestros, cuando nuestro pueblo era uno... —comenzó con una voz aflautada mientras se alejaba en dirección a una de las paredes y casi desaparecía en la oscuridad.

—Sym, dudo que Sara pueda ver lo que estás queriendo enseñarle —interrumpió Sue.

El chico dejó escapar una exclamación ahogada y los demás soltaron unas risitas. Sacó algo de entre sus ropas y, al abrir la mano, un cristal anaranjado le iluminó el rostro.

—¿Mejor? —preguntó avergonzado.

—Alumbra los dibujos, tontaina —dijo alguien del grupo.

El portavoz acercó el cristal a la pared y Sara distinguió unas pinturas rudimentarias en la roca. Mostraban unos monigotes alegres sobre un gran círculo pintado de azul y verde. Todo ello parecía haber sido dibujado por niños pequeños.

—Nuestro pueblo era uno —prosiguió Sym—. Reinaba sobre este mundo y muchos más entre las estrellas.

—Y teníamos naves —dijo alguien.

—¡Y tecnología!

Más voces animadas brotaron de entre los reunidos.

—Dejadle seguir —pidió Fee.

Los congregados se relajaron y bajaron el volumen, hasta que la sala volvió a quedar en silencio.

—Los dioses no estaban contentos con el hecho de que gobernáramos en tantos mundos —relató Sym.

«Ahí vamos otra vez», pensó Sara, reprimiendo las ganas de poner los ojos en blanco.

El joven mostró el siguiente grabado. En él aparecían tres sombras, dos masculinas y una femenina, sobre un mar de monigotes con las bocas abiertas por la sorpresa o el miedo. Sara, al ver los dibujos de las tres figuras, recordó lo que les habían contado los habitantes de Tempus: madre, padre y otro hombre más.

—Nos advirtieron, pero nuestros líderes decidieron ignorarlos —continuó Sym—. Los dioses, encolerizados, mandaron a su ejecutor.

Avanzó un poco para llegar a una tercera pintura, en la que un ser gigantesco, con garras, colmillos y cuernos, hacía huir a los monigotes.

—El ejecutor barrió nuestra civilización, pero nuestros más valerosos guerreros utilizaron la tecnología para combatirlo.

—¡Y las armas! —dijo uno de los congregados.

—¡Cohetes!

—¡Bombas!

Los más jóvenes, apenas adolescentes, comenzaron una acalorada discusión. Uno se colocó en el centro, enseñó los dientes y arqueó los dedos. Los demás corrieron en torno a él y simulaban que lo atacaban con proyectiles.

—Lo derrotaron, pero a un alto precio. —La voz de Sym pasó a ser un susurro—. Los que no se refugiaron bajo tierra, perecieron.

El chico del centro cayó al suelo y los otros se echaron las manos al cuello. Sacaron la lengua y fingieron morir poco después.

—Durante años, nuestro pueblo pensó que nada había sobrevivido al aire tóxico de nuestro planeta desolado. Hasta que aparecieron los cambiantes.

Ya no había más imágenes en las paredes. El narrador volvió con el grupo.

—¿Quiénes son? —preguntó Sara—. ¿Vienen de otro planeta?

Sym balanceó la cabeza de un lado al otro.

—Algunos de nuestros guerreros sobrevivieron a la batalla contra el ejecutor. Sin embargo, ya no eran los mismos. Se convirtieron en... cambiantes.

—Sabían dónde estábamos —intervino Fee—. Desde entonces hemos vivido bajo su opresión.

—Se hace tarde —indicó Sue—. Todavía no hemos ido a ver a los ancianos.

Fee frunció el ceño.

—Ya no son horas —dijo molesto—. Iremos mañana —añadió para apaciguar a la muchacha, que le había copiado el gesto.

Tras una breve despedida, todos retornaron a sus hogares. Sue mantuvo un mutismo enfurruñado durante el trayecto. Lo poco que dijo Fee fue dirigido a Sara, ignorando a su compañera.

—Puedes quedarte con esta —dijo ya en su morada, señalando una esterilla—. Mi hermana y yo dormiremos en la otra.

Ahí estaba, aquello explicaba su parecido. A Sara tampoco le extrañó la relación picajosa entre ellos. La había visto muchas veces entre hermanos. Colocó la mochila a modo de almohada y cerró los ojos. Oyó cuchichear a los chicos en tono tenso. Discutían. Sobre ella, lo más probable. Se giró para darles la espalda. No le apetecía inmiscuirse.

Dio varias vueltas hasta que los murmullos cesaron y muchas más escuchando las respiraciones calmadas de sus anfitriones. El sueño la eludía. Solo podía pensar en que nunca volvería a ver a Zor-eel y en que aquel era un planeta tan espantoso para morir como los anteriores. Estaba ante los primeros peldaños de una espiral descendente que conocía muy bien.

Sacó el móvil de la mochila, se colocó los auriculares y eligió la primera de las canciones de Xavier. Decidió concentrarse en la música en vez de en su exnovio. Si quería evitar la depresión, debía ignorar la morriña y el recuerdo de las personas amadas.

Fue en el segundo estribillo cuando notó la pulsación en el pecho, acompañando el ritmo de la batería. Abrió los ojos y vio una luz distan-

te. Lo atravesaba todo hasta llegar a ella y refulgía con cada golpe de caja. La llamaba.

Había algo diferente en la energía de aquella irradiación. De primeras, Sara la paladeó encantada. Era deliciosa, similar a la quintaesencia de Skan. Sin embargo, también dejaba un regusto con ciertos matices a... podredumbre. El conjunto era más desconcertante que desagradable.

Sara se incorporó y devolvió el móvil a la mochila. Ya no podía distinguir el brillo, pero sí la presencia del objeto que lo despedía. Meneó con suavidad a Fee.

—¿Estás dormido? —preguntó en voz baja.

El joven parpadeó, adormilado.

—No. Ya no —respondió sin acritud—. ¿Qué pasa?

—Hay algo encima del techo de la gran caverna, el que está lleno de cristales. Necesito verlo.

Fee abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo sabes eso?

—Puedo sentirlo.

El muchacho arrugó el rostro.

—Es una cámara sagrada. Solo los ancianos pueden visitarla —reveló dubitativo.

Sara le rozó los dedos.

—Por favor, Fee. Necesito llegar allí.

Notó la lucha interior en su anfitrión. Le cogió la mano y lanzó una mirada suplicante a través de las pestañas. No le gustaba manipularlo de aquella manera, pero tenía que llegar hasta aquel objeto. Como fuera.

—Supongo que podría... —dijo titubeante Fee.

Sara lo abrazó y notó que él se estremecía con el contacto.

—Muchas gracias —le susurró al oído.

—Está bien —accedió él—. Pero te advierto que el camino no va a gustarte.

## Capítulo 3

Con el corazón desbocado, Sara pegó la espalda a la pared de roca. Era la tercera vez que resbalaba y la enésima que se arrepentía de haber iniciado aquel ascenso. Centró la vista en el despliegue multicolor de los cristales en la cúpula de la caverna para no mirar abajo. Fee le apretó con fuerza la mano y la observó un instante. Después desvió los ojos a un lugar tras ella y soltó una maldición entre dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara.

Él continuó escudriñando por encima de su hombro, con las cejas cada vez más juntas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una mezcla de irritación y culpa.

Sara no quiso arriesgar una mirada atrás. La voz de Sue le reveló de quién se trataba.

—¿A dónde vais?

—Ya sabes a dónde conduce esta escalera —replicó su hermano.

—Solo los ancianos pueden acceder a la cámara sagrada.

—Dime algo que no sepa.

Sara miró de reojo a Sue, tratando de ignorar el precipicio que tenía a un lado.

—Necesito ver qué hay en esa sala.

—No es posible —espetó la muchacha, sin apartar los ojos de su hermano.

Fee tiró de Sara. Ella percibió la mirada colérica de Sue antes de verse obligada a seguir subiendo. Oyó los pasos de la muchacha por detrás.

—¿Por qué nos sigues? —inquirió su hermano—. Vuelve a casa.

—No me digas lo que tengo que hacer.

Fee soltó un bufido mientras aceleraba la marcha. Sara se pasó la lengua por los labios resecaos con la vista fija en el suelo. Un escalón después de otro. No existía nada más que aquello y la energía, cada vez más cercana.

Los peldaños murieron en un corredor serpenteante y oscuro. Sara avanzó notando la mano de su compañero temblar. Ella misma vibraba. Ya casi habían llegado.

Fee paró de repente, tras un giro del camino. Sara lo vio encogerse, su silueta recortada contra una tenue y reconfortante luminiscencia al final del túnel.

Se adelantó decidida, oyendo los pasos vacilantes de los hermanos por detrás. La claridad ganó intensidad hasta que el pasaje desembocó en una sala circular, sin ninguna otra salida. En la pared más alejada, un cristal gigante resplandecía con tonos cambiantes, cálidos, hipnóticos. Vetas multicolores recorrían las paredes y atravesaban el suelo. Latían, pulsaban al ritmo del enorme corazón.

Los hermanos pararon en el umbral, encogidos y con los rostros cubiertos por las manos. Sara avanzó casi flotando, arrastrada por el poder contenido en aquel prisma.

Alargó el brazo, pero frenó antes de llegar a tocarlo. Ahí estaba de nuevo, ese regusto a putrefacción que la hacía dudar. Sus dedos temblaron, a pocos centímetros del cristal.

Cerró los ojos y lo tocó.

El éxtasis se adueñó de ella, una corriente eléctrica que le recorría todo el cuerpo. Tomó aquella fuerza, similar a la que había absorbido de Maka en Skan, diferente al orbe de Dilmun y al cubo de Tempus, y la bebió con avidez hasta que no quedó nada.

El cristal se quebró con un sonoro crujido. Su luz se extinguió y las facetas de su superficie parecieron marchitarse y perder lustre para adquirir la misma tonalidad de la roca. Las bandas de las paredes mantuvieron su brillo durante unos segundos y después rebajaron su intensidad, dejando la sala casi a oscuras.

Sara se observó las manos. Refulgían. Toda ella lo hacía. La energía recibida era menor que en ocasiones anteriores, pero la habilidad que le había otorgado quedaba muy clara para ella.

Cerró los dedos y dirigió sus pasos a una pared lateral. La golpeó con fuerza, sin dudarle. La roca saltó en todas direcciones. Contempló asombrada el boquete que había causado el puñetazo y después se miró los nudillos. Ni un rasguño.

Fee se adelantó con la mandíbula descolgada. Sue permaneció en la entrada, estupefacta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el muchacho.

—Es difícil de explicar —respondió Sara.

La llamada sobresaltó a Syrax, que yacía adormilado en el sofá de su piso. La música sonaba suave, de fondo, y el olor de los restos de la cena flotaba en el aire. Miró la hora. Dos minutos para la medianoche. ¿Quién podía ser?

—Aceptar comunicación —dijo en voz alta.

Sonó un pitido corto que anunciaba el comienzo de la conferencia.

—Syrax, perdona que te llame tan tarde. No he podido hacerlo antes. Acabo de salir de una reunión de la junta.

—¿Nara?

Había reconocido la voz de la mujer, pero seguía sorprendido. Su mentora no solía molestar a nadie fuera del horario de trabajo, por grave que fuera el problema.

—Sí, soy yo —respondió ella—. Espero no haberte despertado.

—No, no. Estaba... ¿Va todo bien?

—Es por lo que te llamaba. Estos días te he notado preocupado. ¿Estoy en lo cierto?

A Syrax, la palabra «junta» le quemaba en el cerebro. No podía pensar con claridad.

—Es posible. La reunión de la que me hablas... ¿tiene que ver conmigo?

—No... Sí —titubeó Nara, algo nada habitual en ella—. Ya hablaremos de eso. Lo primero es saber qué te preocupa.

El joven se retorció los dedos.

—Me preocupa lo que la junta vaya a decidir sobre mí.

Nara soltó un suspiro de alivio.

—No tienes nada que temer, estate tranquilo. No buscamos culpables, solo resolver un problema en el que tú no has tenido nada que ver.

Syrax no estaba tan seguro.

—Pero... fui yo el que le proporcionó al director Kairoon los medios para... ya sabes, el archivista.

—Y tienes su autorización firmada, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces pierde cuidado. Nadie puede acusarte de nada. Solo seguías órdenes. Kairoon es el responsable.

—Me gustaría olvidarme de ello, pero no es tan fácil de hacer como de decir.

—Confía en mí. Todo va a salir bien.

Syrax suspiró, angustiado.

—Solo espero que esto acabe cuanto antes.

—Muy pronto verás que lo que te digo es cierto. —La mujer hizo una breve pausa—. No quiero robarte más tiempo. Descansa. Y si necesitas cualquier cosa, ya sabes, mi puerta está siempre abierta.

—Gracias, Nara.

Otro pitido breve concluyó la conversación.

Syrax decidió que era hora de irse a la cama. No confiaba en dormir demasiado, a pesar de que la charla con su mentora lo había tranquilizado un poco.

La nave inició una órbita geoestacionaria sobre el planeta. El capitán y siete tripulantes, arracimados alrededor de un joven de cabello rubio, examinaban en el holograma las imágenes borrosas de la superficie.

—Sigla, ¿no hay manera de ganar nitidez? —preguntó el cabecilla.

El joven rubio meneó la cabeza de un lado a otro.

—Imposible. Eso interfiere todas las señales —dijo señalando un área brillante en el centro de un círculo oscuro—. Lo que sí está claro es que no hay más signos de vida en el resto del planeta.

—Al menos que muestren los sensores —murmuró el capitán—. No podemos fiarnos con esa distorsión.

Echó otra ojeada a la imagen, entrecerrando sus ojos ambarinos.

—¿Os parece lo mismo que a mí?

Todos aguzaron la vista en un esfuerzo por distinguir algún detalle más. Fue una mujer, rodeada por un halo esmeralda, la que rompió el tirante silencio.

—Diría que es imposible de no estar viéndolo.

El capitán paseó por el puente acariciándose el mentón, en el que lucía una barba de pocos días. Sus compañeros se miraron entre sí y después a él.

—¿Qué vamos a hacer, jefe? —preguntó Sigla.

El líder golpeó con el puño la palma de su otra mano.

—Bajaremos en una lanzadera.

—No puedo garantizar las comunicaciones.

El hombre de piel púrpura asintió con rapidez. Era consciente.

—Cuerpo, Filo, Alba. Vendréis conmigo.

Los nombrados dieron un paso al frente. Filo era alto y espigado, pero su estatura quedaba empequeñecida por la mole curvilínea que era Cuerpo. Alba, la más pequeña de los tres, dio unos saltitos de excitación y movió su cola zorruna de un lado a otro. Otra tripulante se removió incómoda. Ostentaba una cabeza enorme en un cuerpo menudo. Apenas alcanzaba el hombro de Alba.

—Puedo ayudar. No me obligues a quedarme en la nave —pidió enojada.

El líder le brindó una sonrisa embaucadora.

—Esta vez no, querida. Te necesito aquí arriba —dijo acariciándole la mejilla.

La mujer dio un paso atrás, disconforme.

—Guarda tus encantos para quien sea susceptible a ellos. Siempre me dejas atrás.

El hombre continuó enseñando dos hileras de dientes perfectos.

—Sabes que no es cierto. Además, en esta ocasión está justificado. Necesito que alguien tome el mando en mi ausencia.

La enana relajó el gesto hasta casi mostrar un atisbo de sonrisa. Les dio la espalda a sus compañeros antes de que la vieran.

—Capitán, llévate al menos a Oyu —sugirió Sigla—. Que espere en la lanzadera. Quizá podamos crear un enlace con la nave y si no, puede intentar establecer una red de comunicación en la superficie.

El aludido, que solo levantaba cinco palmos del suelo, se escurrió hacia la salida.

—Buena idea —dijo el cabecilla—. Oyu, sin trucos. Ya es hora de que tu viejo culo peludo tome un poco el aire.

—¿Por qué yo? —protesto este, con una voz ronca y cascada.

El hombre de piel violeta lo miró divertido.

—¿Puedo fiarme de ti o tengo que hacer que Cuerpo te lleve?

La mujerona sonrió. Oyu soltó un suspiro de resignación.

Más y más jóvenes acudían a la llamada de Fee. El cuantioso grupo se congregaba en la misma sala que el día anterior, dando buena cuenta de sus desayunos. Fee había terminado y balanceaba su peso de un pie al otro, deseoso de empezar. Sue los observaba a todos desde debajo de unas cejas muy juntas.

—¡Amigos! —exclamó su hermano—. Al fin tenemos una oportunidad de cambiar nuestra situación, de enfrentarnos a nuestros dominadores.

Todos lo miraron con interés mientras masticaban.

—¿A qué te refieres? —preguntó uno.

Fee cogió una piedra del tamaño de un puño y la puso en manos de Sara. Ella se dejó llevar, impulsada por la energía que bullía en su interior y las miradas expectantes de los reunidos. Utilizó una minúscula fracción de poder y apretó los dedos. La roca reventó con un crujido y los fragmentos repiquetearon en el suelo. Exclamaciones de sorpresa y admiración llenaron la sala.

—Y no solo eso —proclamó Fee—. ¡Sabe luchar!

Un muchacho con apariencia de pendenciero dejó el cuenco en el suelo y dio un paso al frente.

—Que se vea.

Sara dejó su recipiente a un lado y levantó las manos.

—Sé defenderme, no hace falta que...

El joven la agarró de la pechera y levantó un puño amenazador.

Sara reaccionó por instinto. Le hizo una llave y lo tiró al suelo, donde lo inmovilizó luxándole el brazo.

Los demás la contemplaron boquiabiertos antes de estallar en vítores. Sara soltó arrepentida al chico mientras musitaba una disculpa. Se rascó avergonzada el codo y apretó la mandíbula. No le gustaba cómo se estaban desarrollando los acontecimientos.

Ya era demasiado tarde. La excitación corría desenfrenada entre los muchachos.

—No he venido aquí para luchar —murmuró.

Nadie la oyó. Todos hablaban a la vez, sonrientes y con los ojos chispeantes, en un galimatías de creciente volumen. Todos salvo Sue, que abandonó la habitación sin que nadie lo advirtiera, con el ceño fruncido.

Fee detuvo la marcha. Habían caminado en la más completa oscuridad durante lo que a Sara le parecieron horas. En algunos tramos tuvo que reptar como un gusano por sitios tan estrechos que temió quedarse atascada. Se sentía desorientada y harta de tanto andar.

La exigua luminosidad al final del túnel le permitió ver las figuras de los tres jóvenes que los acompañaban. Los notaba nerviosos, aunque quisieran disimularlo. Un soplo de viento proveniente del exterior, cargado de olor a polvo, le sacudió los cabellos y le provocó un leve picor en la nariz.

—Hemos llegado —anunció Fee—. Vas a necesitar esto.

Le tendió una mascarilla semirrígida y él se puso otra después de colocarse las gafas opacas. Sara la examinó. Estaba hecha de un material parecido al plástico y había algo granuloso en su interior, tierra o arena. Se cubrió con ella la boca y la nariz, tras lo cual ajustó las correas como había visto hacer a Fee para que la pieza le quedara pegada a la cara.

—Supongo que no necesitarás un visor —dijo el joven.

—Creo que estaré bien —afirmó Sara, dando un paso en dirección a la salida.

El muchacho la agarró del brazo.

—Espera. Antes de que salgamos hay un par de cosas que tenemos que dejar claras. La primera es que este acceso es secreto. Nadie salvo nosotros conoce su existencia y así debe continuar.

—Por eso no te preocupes —dijo Sara—. Es como si hubiera venido con una venda en los ojos.

Fee asintió conforme.

—La ciudad es peligrosa. Nadie debe vernos. Quédate a mi lado y haz lo que yo te diga.

Sara sonrió. «Quiere hacerse el importante delante de sus amigos». Le pareció bien. A fin de cuentas, había sido ella la que pidió ver a los cambiantes. Le cedió el paso con un gesto del brazo.

El sonido de la puerta del camarote hizo que el capitán renunciara a seguir con los preparativos del inminente viaje. Dibujó una sonrisa para recibir a la inesperada visita, que contrastaba con el semblante serio que la menuda mujer traía.

—Mente, ¿algún consejo antes de que partamos?

—No —dijo ella balanceando su desproporcionada cabeza—. Lo que sí te traigo es una queja formal.

El hombre levantó las cejas sin borrar la sonrisa. No dijo nada, en una muda invitación para que su compañera prosiguiera. Sabía que solo existían dos causas que la empujaran a aquello. Que no formara parte del grupo que descendía al planeta era una chiquillada, así que estaba bastante seguro sobre qué iban a conversar.

—No creo que debamos continuar con la misión —dijo la enana—. Las posibilidades de éxito son nimias y hay demasiados riesgos.

El capitán caminó con paso lento hacia ella, observándola divertido, lo que consiguió irritarla todavía más.

—Tú, mejor que nadie, sabes cuánto tiempo llevamos esperando esta oportunidad. El esfuerzo y los recursos que hemos invertido pueden dar fruto al fin.

—Lo dudo —rezongó Mente.

El hombre dejó escapar una carcajada.

—Ah, querida. ¿Por qué no puedes ser un poco más como tus hermanas?

La mujer soltó un bufido.

—La una es una soñadora y la otra, peor aún, una temeraria. A mí me tocó ser la responsable.

—Y por eso te aprecio tanto, te lo aseguro.

—Y, sin embargo, sé que vas a desoírme.

El capitán chasqueó la lengua y fingió un gesto dolido.

—Yo no diría eso. Sabes que siempre considero todas tus recomendaciones.

La enana puso los brazos en jarras.

—También sé que te obcecas con mucha facilidad con ciertos temas.

El hombre encogió levemente los hombros y asintió.

—Cierto. Sin embargo, sé que esta es nuestra ocasión. En serio. Tengo un pálpito.

Mente puso los ojos en blanco.

—Un pálpito. Algo muy difícil de cuantificar en una evaluación de riesgos.

El hombre de la piel púrpura rio de nuevo. Sin ser apenas consciente, la mujer relajó la postura. No duró mucho. Enseguida volvió a ponerse firme y, apretando los labios, hizo que su sonrisa muriera justo antes de nacer.

—Tenemos otras muchas opciones, más seguras y con mejor garantía de beneficios.

—¿Y la diversión? ¿Y la gloria?

—Ninguna puede cambiarse por dinero.

El capitán se inclinó para darle un suave beso en la frente.

—Como siempre, tienes toda la razón.

Mente frunció el ceño.

—Y como siempre, a ti te da igual.

El hombre le acarició la mejilla.

—Tomo nota de tu queja, pero, como sabes, la ocasión merece que asumamos los riesgos.

La mujer giró sobre sus talones.

—Si tú lo dices... —murmuró antes de abandonar la sala.

## Capítulo 4

---

Corrían por una tierra dura y cuarteada, bajo un sol abrasador. Aquello era todo lo que Sara veía, con los ojos entornados y una mano en la frente a modo de visera para protegerse de la cegadora luminosidad.

Llegó sin aliento al abrigo de una sombra y, con rápidos parpadeos, al fin pudo habituarse a la claridad reinante. Jadeaba a causa de la mascarilla y una molestia punzante le oprimía el pecho. Se dejó caer con la espalda pegada al muro que la protegía del astro y examinó los alrededores.

El desierto pardo se extendía hasta el horizonte, donde una elevación rocosa aparecía recortada contra un cielo color caramelo. El paisaje era casi tan desesperanzador como el de Tempus.

—Ada, ve a echar un vistazo —ordenó Fee, a su lado—. Zak, Lei, montad guardia.

Sara vio a la tal Ada desaparecer tras el muro. Zak era el mismo chico que había intentado golpearla y al que derribó. Lei tenía el pelo corto, pero no rapado. A pesar de tener unas facciones suaves, su silueta rectilínea dificultaba saber si era una chica o no. Aquello le recordó lo que Martha le había dicho en Skan: «Con ese pelo y esos músculos pareces un hombre». Soltó una risilla. Quién le iba a decir que la echaría de menos.

—¿Estás bien? —preguntó Fee.

—Sí. No pasa nada. ¿Dónde estamos?

—En la ciudad, claro.

Sara se levantó para asomar la cabeza por una esquina, movida por la curiosidad.

Ciudad. Una manera muy peculiar de denominarla. Diversas estructuras en ruinas, armazones oxidados que se alzaban como los huesos de un enorme cadáver sobre el suelo polvoriento se hacinaban unas contra otras. Una altísima torre, coronada por cinco puntas irregulares, las dominaba elevándose centenares de metros hacia el firmamento, como si pretendiera atrapar el disco amarillento y borroso que derra-

maba su calor inmisericorde. Era una visión desoladora. Nada podía vivir allí.

Por primera vez, Sara se planteó si lo que le habían contado era cierto. Aquello parecía el escenario de una guerra, pero era imposible que nada ni nadie hubiera sobrevivido a ella. «¿Y si he tenido suerte, por una vez? Ya tengo el objeto de los padres celestiales y puedo seguir mi camino».

Ada regresó a la carrera.

—Todo despejado. Ningún cambiante a la vista.

Fee asintió y emitió un silbido corto y bajo, una llamada para que Zak y Lei volvieran de sus puestos. Una vez juntos, prosiguieron furtivos, desplazándose de un sitio a otro a toda velocidad y aguardando al abrigo de una viga o tras los escombros, como si pudieran descubrirlos. Todo estaba cubierto de polvo.

Sara se relajó. Parecía un juego. Allí no había ni un alma.

—Chicos, ¿de verdad que...?

Enmudeció al captar un movimiento y se agachó junto a los demás. Quizá no estuvieran jugando; tenían los semblantes serios y los cuerpos rígidos como estacas.

—Porteadores, seguro. Pasarán pronto —susurró Ada.

Sara apenas pudo reprimir la curiosidad. «Lo más probable es que haya sido el viento moviendo algo. O una distorsión causada por el sol».

Esperaron un buen rato hasta que la chica les indicó que podían seguir. Repitieron los cortos correteos y las prolongadas esperas. El paisaje cambió poco a poco. El óxido dio paso al brillo. Entre las vigas, los huecos se rellenaron con un material resquebrajado parecido a la arcilla, poroso y mate. Aquí y allá aparecieron cristales enturbiados por la fina arenilla, o plástico semitransparente.

Con todo, las estructuras seguían sin tener sentido. No eran viviendas, ni tampoco monumentos. Ganaron altura a medida que ellos avanzaban, arqueándose las unas sobre las otras, como si quisieran engullirlos. Las sombras vencieron a la luz, que penetraba con timidez a través de orificios irregulares por los que se intuía el cielo. No había ninguna avenida principal, ni nada remotamente parecido. Angostos callejones, la mayoría abovedados, serpenteaban sin rumbo fijo en todas direcciones. Aquello era un laberinto.

De vez en cuando la torre aparecía por un agujero o cuando los muros decidían separarse. Era imponente. Se erguía por encima de cualquier rascacielos que Sara hubiera visto y el sol, reflejado en su superficie, hacía que resultara incómodo contemplarla por más de unos segundos.

—A partir de aquí tenemos que extremar las precauciones — musitó Fee.

Sara asintió. Todavía no sabía qué pensar. No tenía claro si iban a toparse con alguien o si sus compañeros le estaban tomando el pelo.

Sus dudas quedaron despejadas poco después. El estrecho callejón que recorrían desembocó en una amplia plaza repleta de trabajadores.

Sara lo inspeccionó todo con interés, a cubierto tras un muro derruido. Pequeñas figuras recorrían la explanada y trepaban por las resquebrajadas paredes con las manos desnudas, cubiertas del cuello a los pies con ropas raídas y manchadas de polvo. En aquel lugar no reconstruían nada, todo lo contrario. Los escaladores retiraban pedazos arcillosos de lo alto y los arrojaban al suelo, donde otros esperaban para recogerlos y apilarlos en plataformas flotantes. Todos llevaban visores y mascarillas. Bajo el pelo rapado, lucían manchas en la piel.

—Pero ¿qué...? —exclamó Sara—. Son como vosotros.

Fee la acalló con un gesto brusco.

—Son parias —susurró.

—Pensé que aquí vivían los cambiantes —dijo Sara.

Un repiqueteo creciente acalló la respuesta del joven. Sara asomó la cabeza por encima de las piedras y vio una silueta aparecer por un callejón más ancho, al otro lado de la plaza. Abrió los ojos de par en par, incrédula, cuando el ser abandonó las sombras.

La descomunal barriga del engendro se desparramaba sobre una peana metálica de la que surgían varias patas articuladas, con las que caminaba como si fuera una araña. Sus brazos eran desproporcionadamente largos y terminaban en manos de dedos huesudos, afilados como garras. La cabeza, empequeñecida por el obeso cuerpo de piel amarillenta, mostraba una boca ancha repleta de dientes puntiagudos. Dos ojos saltones e inyectados en sangre destacaban sobre una nariz alargada y recta. No tenía ni un solo pelo.

Fee tiró de ella para que volviera a agacharse.

—Eso es un cambiante —indicó poniendo todo el énfasis en la primera palabra.

No movieron ni un músculo hasta que el martilleo se alejó. El cerebro de Sara bullía con preguntas. Las lanzó en voz baja, sin freno.

—¿Qué era esa cosa? ¿Cuántas son? ¿Por qué hay más como vosotros aquí? ¿Qué hacen? ¿De dónde han salido?

Fee retrocedió y les indicó que lo siguieran. Se detuvo en cuanto estuvieron lejos de los trabajadores, con el repiqueteo todavía de fondo. Hizo un movimiento de cabeza y los otros muchachos tomaron posiciones alrededor.

—Los cambiantes nos exigen suministros y personal de tanto en tanto. No sabemos cuántos son.

—¿Esa cosa fue como vosotros alguna vez? —preguntó escéptica Sara. Fee asintió.

—Era el único sin mascarilla —señaló Sara—. ¿No le afecta el aire? El joven encogió los hombros. Sara se incorporó.

—Quiero verlo mejor.

Para cuando Fee quiso agarrarla, ella ya estaba al lado de Ada. Superó la posición de la muchacha y continuó con pasos veloces por un callejón sombrío. Hizo caso omiso a las llamadas en voz baja pero cargadas de urgencia que le hacían, así como a las pisadas apresuradas que escuchaba por detrás. Tenía mucha energía. Podía luchar contra lo que fuera con sus nuevas habilidades o detener el tiempo si aquello fallaba. ¿Qué podía salir mal?

Recorrió las callejas con poderosas zancadas, a la carrera, sorteando pilas de escombros cubiertas por montañas de polvo y siguiendo la dirección desde la que provenía el tamborileo. Solo paró al dejar de oír los correteos tras ella. Echó un vistazo y vio a los muchachos agazapados detrás de una especie de barriles que acababa de sobrepasar. Le hacían gestos con las manos, instándola a que se ocultara. Les lanzó una mirada interrogante. Fee apuntó con el dedo más allá de donde ella estaba y se escondió.

Sara pegó la espalda a un lateral del pasaje, detrás unas barras metálicas a modo de andamio que apuntalaban la pared. Miró en la dirección

que el joven le había indicado, pero no vio nada raro. Aguzó la vista y, de pronto, lo distinguió entre las sombras.

El hombrecillo, de apenas un metro y cubierto por una túnica, le recordó a un *jawa* de *Star Wars*, o a una caricatura del archivista. Caminaba hacia ella con aire despreocupado y, a pesar de la distancia, Sara notó el aura tenebrosa y gélida que lo rodeaba. El encapuchado apenas avanzó antes de frenar. Giró la cabeza poco a poco hacia Sara y a ella se le heló la sangre en las venas.

—¡Corre! —gritó Fee a lo lejos.

Sara quiso obedecer, pero las piernas no le respondían. El hombrecillo ladeó la cabeza.

—¿Qué eres tú? —preguntó con voz aguda.

Sara sintió el familiar cosquilleo en la nuca mientras todo se ralentizaba. Corrió a toda velocidad y no dejó que el tiempo fluyera antes de alcanzar a sus compañeros.

—¿Qué era eso?

Los jóvenes no respondieron. Huían aterrorizados, sin mirar atrás, como si notaran el aliento de la muerte en la nuca. No parecieron dueños de sus actos hasta llegar al límite de las ruinas. Allí cayeron exhaustos, sin aliento y con el miedo todavía marcado en los ojos.

—¿Qué era eso? —repitió Sara.

Fee arrugó la cara, al borde del llanto.

—Un atrapasueños —musitó—. Puede escuchar los pensamientos. Y hacer que te vuelvas loco, o que te duermas para nunca más despertar.

Se levantó un instante antes que el resto.

—No debían vernos —le dijo ceñudo a Sara—. Tenemos que irnos. Ya.

Sin más, se alejó de las ruinas a la carrera. Los otros chicos lo siguieron sin dudarle. Sara soltó una maldición y corrió tras ellos.

No había sido su mejor aterrizaje. A unos cientos de metros por encima del cráter, los controles se volvieron locos y la lanzadera estuvo a punto de estrellarse. La pericia del capitán fue lo único que logró que tomaran

tierra con tan solo desperfectos leves. En cualquier caso, el vehículo no volaría hasta que lo repararan.

—Atrapados en esta mierda de mundo y sin comunicación con la nave —refunfuñó Oyu.

Alba estiró los brazos hacia arriba y movió la cabeza para desentumecer el cuello.

—Al menos seguimos vivos —comentó risueña.

—¿Crees que podrás arreglarlo? —preguntó el capitán.

La joven sacó una herramienta del cinturón y enarcó una ceja mientras lo observaba.

—Puede que me lleve un buen rato, pero te aseguro que este pequeño volverá a surcar los cielos.

El hombre de piel púrpura asintió satisfecho.

—Filo, asegura el perímetro. Cuerpo, ayuda a Alba con las reparaciones.

La mujerona chocó las palmas con su pequeña compañera.

—Yo descansaré un poco —dijo Oyu—. Total, no puedo hacer nada hasta que doña alegre finalice...

El capitán le lanzó una mirada severa.

—Voy a echar una ojeada. Volveré enseguida.

En cuanto perdió de vista a la tripulación, enfocó el centro del cráter con unos binoculares y arrugó la frente, preocupado. Ya no había duda sobre lo que era aquello.

Escapar del sol ardiente fue un alivio durante el primer minuto e incluso hizo que Sara olvidara la incomodidad de caminar en la más completa oscuridad.

—¿Por qué no me habíais hablado de esos atrapasueños? ¿Qué son?

—El primero apareció cuando yo era solo un crío —respondió Fee—. No sabemos qué son.

—Hay muchas cosas que no sabéis —rezongó Sara.

—Ya te avisé de que la ciudad era peligrosa. Tenías que quedarte a mi lado, no ir por tu cuenta —protestó el muchacho.

—Tienes razón, disculpa —farfulló Sara.

Se había dejado llevar, envalentonada por la sensación de invencibilidad que le otorgaba su nuevo poder. Guardó silencio por unos minutos, pensativa. Sin Zor-eel para contener su alocado ímpetu, actuaba de manera precipitada, considerando a duras penas las consecuencias de sus actos. «Te necesito, querida amiga. Eres el contrapeso que me equilibra». Las lágrimas afloraron a sus ojos. Se las retiró con el dorso de una mano mientras con la otra apretaba la de Fee.

—Por favor, cuéntame más. De camino aquí no te di oportunidad.

El tono del muchacho sonó más sosegado.

—Lo único que sabemos de los atrapasueños es que son agentes del corregidor. Él los comanda a todos, incluidos los cambiantes. Nunca lo hemos visto. Por lo que sabemos, permanece en la torre y nunca sale de allí.

La voz de Zak se escuchó desde un punto indeterminado en la oscuridad.

—¿Cómo escapaste de él, Sara?

—Corrí —respondió ella, sin querer desvelar más.

—Imposible —espetó el joven—. Estaba a tu lado. Nosotros apenas pudimos librarnos de su influjo a pesar de estar mucho más lejos. —Hizo una pausa antes de continuar, titubeante—. Y aun así ya viste lo que nos ocurrió. No logramos frenar nuestra carrera hasta que las piernas nos fallaron.

—Soy muy resistente —dijo Sara, reacia a dar más información.

Oyó el resoplido incrédulo del joven. Fee le apretó la mano, para consolarla o para evitar una disputa entre ellos.

—Algunos dicen que el corregidor es el espíritu del ejecutor, decidido a terminar con su tarea y acabar con todos los habitantes de este mundo.

—Solo son habladorías —dijo una voz femenina, Lei, dado que no sonaba como la de Ada—. Lo mismo que las sombras.

—¿Qué son las sombras? —preguntó Sara—. Sue las mencionó cuando me encontrasteis.

—No son nada. No existen. Cuentos para aterrorizar a los niños —gruñó Zak, despectivo—. Si no te portas bien, una sombra te llevará.

—Nadie ha visto nunca a una sombra, pero sí al corregidor —comentó Ada.

—No es cierto —replicó Zak.

—¡Sí lo es! —exclamó la joven—. Mi hermano lo ha visto.

—O eso dice él.

Sara oyó un golpe sordo.

—¡Estúpido! —gritó Ada—. Ojalá te hubieran llevado a ti.

Soltó un sollozo y se alejó con paso ligero. Fee detuvo la marcha.

—Eres un bocazas.

—Déjame en paz —refunfuñó Zak.

Sara escuchó al joven ir tras Ada. Deseó que fuera a pedirle perdón, pero lo dudaba. Ni Fee ni Lei parecían tener ganas de seguir charlando, así que caminaron sumidos en un silencio incómodo.

Los minutos transcurrieron interminables en aquella oscuridad anodina. Sara estuvo tentada de sacar el móvil de la mochila y encender la pantalla para poder ver. Resistió el impulso solo porque sabía que la luz incomodaba a sus acompañantes. Después pensó en ponerse los cascos y escuchar música, pero tampoco le pareció apropiado. Repasó lo que había visto en la ciudad ruinosa. Todo era muy extraño.

De repente, notó un tirón y sintió la mano de Fee escapársele de entre los dedos. Oyó una protesta ahogada y un forcejeo que terminó tan rápido como había comenzado.

Silencio.

Alguien la agarró por detrás. Sara sintió el duro y frío contacto de un filo sobre la garganta.

## Capítulo 5

Los cuatro tripulantes que quedaban en la nave se reunieron en el puente.

—¿Alguna noticia? —preguntó Mente.

—Nada —contestó Sigla, sacudiendo la cabeza—. Hace un buen rato que deberían haber llegado a la superficie. De haber podido, se habrían comunicado.

La mujer menuda torció el gesto.

—No te preocupes, hermana —dijo la que brillaba—. Darán con ella. Nunca hemos estado tan cerca.

—Eso no lo sabes.

Su hermana le tendió una mano esmeralda.

—Déjame que te...

La enana la rechazó de un manotazo.

—No me toques. No necesito que me tranquilices.

Sigla manipuló los controles con nerviosismo.

—No hay movimientos sospechosos ahí abajo —dijo en un intento por calmar la tensión.

Mente enfiló la salida con andares furiosos.

—Infórmame de cualquier cambio.

Los otros tres permanecieron en silencio hasta que su compañera abandonó el puente.

—Iré a preparar el equipo médico. Por si acaso —anunció la mujer que todavía no había hablado.

El joven rubio se encogió, iluminado por el fulgor esmeralda de su acompañante, y le lanzó una mirada vacilante y preocupada.

Sara utilizó una pizca de energía para deshacerse de su agresor. Sintió el metal deslizarse por la suave piel de su cuello sin causarle ningún daño. Golpeó con dureza y escuchó un golpe sordo seguido por un crujido. Al momento, ralentizó el tiempo durante unos segundos, lo justo para sacar el móvil de la mochila.

La luz de la linterna reveló a varios parias blandiendo cuchillos toscos con manos temblorosas. Retrocedieron con los brazos alzados, cubriéndose de la claridad. Fee se retorció en manos de uno de ellos, pero parecía más enfadado que asustado. Lei ni siquiera luchaba. Tenía las manos juntas y la cabeza humillada.

Sara dejó de apuntarlos con la luz. Esperaba cambiantes, no parias. Los vio contemplar el suelo tras ella con horror. Al darse la vuelta, descubrió lo que miraban: el cuerpo yacía desmadejado en el suelo, con el cuello torcido en una posición antinatural. «No lo he golpeado tan fuerte».

—Yo... no quería... —balbuceó.

—¡Lo ha matado! —exclamó uno de los parias.

Avanzó rodeado por sus compañeros, con las cejas muy juntas y la mandíbula apretada. Al retroceder, Sara tropezó con el cadáver.

—No quería hacerlo —titubeó mientras se llevaba la mano a la cabeza.

Y, sin embargo, había acabado con la vida de aquel hombre. Todavía no controlaba su fuerza.

—Entrégate —ordenó uno de los armados.

Sara dio un paso al frente. La ira ganaba terreno a toda velocidad a las demás emociones. Si no querían matarlos, si solo iban a capturarlos, no era necesario ponerles un filo en el cuello. «Él se lo ha buscado», pensó con una mirada fugaz al muerto.

—¿Quiénes sois y por qué nos atacáis?

Todos retrocedieron, asombrados a la par que asustados.

—Los ancianos nos envían a por ti —musitó el mismo que había hablado antes—. No te resistas.

Fee dejó de debatirse. Bajó los ojos y movió la cabeza de un lado a otro. Sara contempló a los hombres. Temblaban. Le tenían miedo.

La ira desapareció. Aquellos infelices no servían a los cambiantes, eran el pueblo de Fee, enviados por sus dirigentes. Y había matado a uno. Apagó el móvil y lo devolvió a su sitio. Sintió que la cogían del brazo y se dejó conducir en la oscuridad, mientras la confusión eclipsaba su arrepentimiento.

Marcharon durante un buen rato, hasta que la claridad de los cristales delineó una entrada a la gran caverna. Caminaron bajo aquel tenue resplandor, mientras todo el mundo se giraba a contemplarla. Miradas de recelo, rostros acusadores, como si supieran lo que había hecho. Al entrar en otro pasadizo, vieron a Sue aguardando.

—¿Has sido tú la que nos ha delatado? —rugió Fee.

Su captor tiró de él para que no se abalanzara sobre su hermana.

—¿Y qué querías que hiciera? —espetó ella—. Te has dejado engañar.

—¡No sabes lo que dices! —gritó el joven.

Lo empujaron hacia delante, mientras su hermana ocupaba la cola de la comitiva. Llegaron a una sala amplia donde pequeños cristales refulgían en las paredes, con tres más grandes colocados sobre sendos asientos de piedra. El central lo ocupaba una mujer, flanqueada por un hombre a cada lado.

Ella se sentaba muy erguida, con una melena plateada que le caía por uno de los hombros más allá de la cintura. Poseía una cierta belleza regia, a pesar de las arrugas propias de la edad. A su derecha, un anciano enjuto y encorvado, calvo y con una poblada barba blanca que le rozaba el pecho, los miraba desde debajo de unas espesas cejas. El otro hombre, con el pelo rapado y salpicado de blanco, fijó sus inquietantes ojos grises en Sara, acusadores.

El guardia que sujetaba a Sara la soltó y avanzó hasta el trío. Dobló la cintura para susurrarle algo a la mujer mientras sus compañeros se inclinaban a escuchar. Cuando el mensajero volvió a su lado, las caras de la anciana y el barbudo reflejaban sorpresa, mientras que la del otro era puro odio.

—Sara de otro mundo —dijo la mujer—. Da un paso al frente.

Ella obedeció, con la mirada enfrentada a la del hombre del pelo cano, que la sostuvo impertérrito.

—Lamento lo ocurrido con su soldado. No fue intencionado.

—Aquí no tenemos soldados —rezongó él—. Ni violencia antes de que tú llegaras.

—Eso es porque sois unos cobardes —masculló Fee.

El que lo aferraba le dio un golpe y el joven tensó los músculos de la mandíbula.

—Has condenado a nuestro pueblo —musitó el barbudo, con los ojos clavados en Sara.

—¿Qué? Siento mucho lo ocurrido, pero no creo que la pérdida de ese hombre pueda causar...

—¡No es eso de lo que se te acusa! —gritó el otro.

Sara sintió que volvía a encenderse. Se irguió cuan alta era y frunció el ceño. Ya tuvo bastante con el proceso ante el consejo de Nueva Lagash en Dilmun. No iba a soportar lo mismo otra vez.

—No solo estás acusada de eso —aclaró la anciana, con una voz mucho más serena que solo logró crispas más a Sara.

—¿De qué más entonces? —preguntó ella, desafiante.

—Has destruido el cristal que alimentaba a todos los demás —dijo el barbudo, tan bajo que casi no logró oírlo.

Sara echó un vistazo alrededor, confundida. Decenas de cristales iluminaban la sala. A su etérea luz vio los semblantes retorcidos de los hombres que los habían capturado.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó trazando con el brazo un arco que abarcaba toda la estancia.

El otro hombre chistó con fuerza a su compañero, pero no pudo acallarlo.

—Lo que ves es energía residual —explicó el barbudo, sacudiendo la calva cabeza—. Sin una fuente que siga suministrándola, los cristales se apagarán antes o después. Y con ellos nuestras vidas.

Sus palabras flotaron en el aire y parecieron condensarlo. El silencio cayó como una losa sobre los ocupantes de la sala. Los más afectados fueron los guardianes; contemplaban al barbudo con ojos desorbitados y mandíbulas desencajadas. Uno de ellos incluso dejó caer su arma, que repiqueteó contra el suelo rompiendo el agobiante mutismo.

—Pues salgamos al exterior y arrebatémosles la ciudad a los cambiantes —gritó de repente Fee.

—¡Silencio! —exclamó el canoso—. Hablaremos contigo cuando nos hayamos ocupado de ella.

—Hasta que decidamos qué hacer, permanecerás encerrada —sentenció la anciana.

Sara estaba demasiado enfadada como para acatar el veredicto. Ni siquiera le habían dado ocasión de defenderse. No tenía por qué aguantar aquello.

—No —dijo con firmeza—. No quería perjudicaros. El objeto del que habláis es parte de una prueba a la que me someten los dioses. Estaba allí para mí.

Sus palabras hicieron que todos la miraran con una mezcla de estupefacción y terror.

—¿Eres una enviada de los dioses? —preguntó con voz trémula el barbudo.

—No. No exactamente... Yo...

—La envían a ayudarnos contra los cambiantes —dijo Fee—. Para que nuestro pueblo sea libre al fin, ya que nosotros parecemos incapaces de hacerlo por nosotros mismos.

—Eso no es lo que yo... —balbuceó Sara.

La anciana levantó una mano exigiendo silencio. Miró a sus dos compañeros y después a Sara, confundida.

—Tenemos que reflexionar. Hablaremos de nuevo contigo cuando lo hayamos hecho.

Uno de los guardias agarró a Sara del brazo. Ella se liberó de un tirón. «Vais listos si creéis que me voy a dejar enjaular. Antes me largo al cruce y que os den».

—No vais a encerrarme. Si no queréis que esté aquí, me iré.

—¡No! —exclamó Fee.

Otro guardia blandió el cuchillo ante ella.

—Atrévete —lo retó Sara.

El hombre miró a los ancianos, dubitativo.

—No es necesaria más violencia —proclamó la anciana—. Sin embargo, antes de irte, tendrás que pagar de alguna manera por tus crímenes.

—Yo no he cometido ningún crimen. Ya os he dicho que el cristal estaba ahí para mí. En cuanto a los soldados, fueron ellos los que atacaron primero. Y a traición.

Fee se zafó del agarre de su captor y corrió hasta Sara.

—Por favor, no te vayas. Te necesitamos —rogó.

Ella lo contempló con tristeza. No estaba allí para luchar su guerra contra los cambiantes. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento.

—Por favor. Eres nuestra única esperanza.

La cogió de la mano, con aquellos enormes ojos grises repletos de lágrimas. Sara torció los labios.

—Déjame que hable con ellos —suplicó en susurros el muchacho—. Dame la oportunidad de convencerlos.

Sara suspiró. No iba a lograrlo, lo sabía. Aquel muchacho impetuoso se parecía mucho a ella. ¿Qué podía perder por darle ese gusto? Los ancianos le harían caso omiso, pero él al menos podría decir que lo había intentado. Volvería con el rabo entre las piernas y ella se iría.

Asintió en silencio.

—Gracias —musitó Fee.

Sara dejó que los guardias la condujeran fuera de la estancia, sintiendo la mirada de Sue clavada en la espalda. La llevaron por corredores cada vez más oscuros, hasta que fue incapaz de ver nada. Poco después la empujaron y escuchó el ruido de una cerradura.

Sacó el móvil en cuanto los pasos se perdieron en la distancia. Iluminó la pequeña cavidad de roca y la puerta con barrotes de metal. No había nada más allí.

«A la m...». Desgarró sin miramientos las ropas que le habían prestado y las dejó caer al suelo. Sacó sus botas de la mochila y reemplazó las alpargatas con ellas. «No voy a quedarme aquí encerrada, esperando la

condena de tres vejestorios. Iré al cruce y obligaré al archivista a que me lleve con Zor-eel. Si se niega, no seguiré con esta estúpida prueba».

Ya estaba a punto de saltar cuando los ojos grises de Fee, llenos de lágrimas, le vinieron a la mente. Maldijo en voz baja. Aquello no era Skan, no podía culpar a los espíritus por su carrusel de emociones.

Una hora. Eso era todo lo que iba a darle a Fee. Si no acudía para entonces, tanto él como los guardias encontrarían una celda vacía. Y que se preguntasen cómo había escapado su prisionera alienígena.

Se puso los cascos y conectó la música.

Las seis sombras de los integrantes de la junta de creación eran igual de imponentes, pero Syrax tenía mucha más confianza tras su conversación con Nara. No era culpable de nada, solo había seguido órdenes. No podían incriminarlo.

—Analista Syrax —pronunció el mismo que había hablado en la ocasión anterior—. Afirmas que las acciones sobre el archivista fueron realizadas bajo la petición del director Kairoon.

—Así es —refrendó él, sereno.

Un silencio inquietante se apoderó de la sala durante unos interminables segundos. La tensión era palpable en uno de los lados del estrado, el que Syrax creía que ocupaba Nara.

—Hemos examinado los acontecimientos relacionados con la prueba —reveló otra figura envuelta en tinieblas, femenina pero no la de su mentora—. Como mencionabas, hay muchas irregularidades que no alcanzamos a comprender, cuyas repercusiones no logramos vislumbrar.

El joven se envaró al oír aquello. ¿Algo que la junta no entendía? Imposible. Las dos sombras de los extremos mostraron una reacción similar a la suya.

—Necesitamos más información —dijo el portavoz de la junta—. Dado que otros asuntos más acuciantes requieren nuestra atención, necesitamos que alguien encauce la investigación sobre los puntos clave. Te liberamos de tus responsabilidades para que colabores con uno de nuestros arquitectos en esta tarea. De inmediato.

—No creo que sea necesario —protestó otra voz, que Syrax identificó al momento como la de Kairoon—. Soy capaz de solucionarlo con mi propio personal. Además, no lo hemos votado.

—Hagámoslo ahora —dijo la primera—. ¿A favor?

Las tres figuras del extremo opuesto a Kairoon levantaron la mano. La que ocupaba la posición media, al lado del director, lo hizo un segundo después. La voz templada de Nara surgió de aquella última silueta.

—Sugiero que hagamos un seguimiento completo sobre el proyecto del director Kairoon.

—No tenemos tiempo para eso —manifestó el portavoz.

—Quizá no personalmente, pero ya que me voy a ver obligada a prescindir del talento de este analista por una temporada, hagamos las cosas bien —sugirió Nara—. Démosle acceso al proyecto. Enviará informes periódicos a la junta con sus descubrimientos.

—De ninguna manera —espetó Kairoon.

—¿Por qué no? —preguntó con tranquilidad Nara—. Si el problema es tan leve como quieres hacernos ver, estoy segura de que no tardará en dar con él. Confío en sus habilidades.

—Mi equipo puede encargarse. No necesitamos ayuda.

—No es lo que hemos decidido con la votación. ¿No es así? —dijo Nara.

—Tampoco lo que estas proponiendo —respondió el portavoz.

—Pero coincido contigo en que estamos demasiado ocupados —declaró ella, persuasiva—. Un seguimiento más prolongado puede facilitar el trabajo a los arquitectos.

—Votémoslo —sugirió el que llevaba la voz cantante.

—No es... —protestó Kairoon.

—Votémoslo —insistió el otro.

Las mismas manos volvieron a alzarse, esa vez al tiempo.

## Capítulo 6

Un golpecito en la mejilla. Sara parpadeó, sobresaltada. Acababa de despertar y la música todavía sonaba en sus oídos. Aturdida, confusa, se incorporó antes de devolver los auriculares a la mochila.

Algo pequeño chocó con su brazo y rebotó en el suelo.

—¡Sara!

A pesar de haber reconocido la voz de Sue, la alumbró con la linterna del móvil. La joven se cubrió con los brazos, al igual que hizo el pequeño Sym.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Sara.

—Llevamos un buen rato intentando llamar tu atención —replicó la muchacha—. Tienes que ayudarnos. Y aparta esa luz.

Sara desconectó la linterna.

—¿Qué narices pasa? —preguntó irritada.

Vio en la penumbra las piedritas que habían usado para despertarla. Ni aquel acto ni el tono que usaba la joven le gustaban.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida? —dijo sin darle la oportunidad de responder a la primera pregunta.

—Varias horas. Es un nuevo día. Tienes que ayudarnos —repitió Sue—. Se han llevado a Fee. Y a Zak. Y a los demás.

Sara aferró los barrotes.

—¿De qué estás hablando? ¿Quiénes? ¿A dónde?

Sym carraspeó nervioso.

—Los cambiantes vinieron poco después de que vosotros llegais. Exigieron más comida y nuevos voluntarios —pronunció la última palabra con una evidente ironía—. Los que habían invadido su ciudad debían formar parte del grupo.

—¿Qué? ¿Y por qué no estoy yo con ellos?

Fue Sue la que respondió.

—Los ancianos no quisieron revelarles tu existencia. Mi hermano insistió en ello. Lo que no sé es cómo vamos a sacarte de aquí.

—Que todo el problema sea ese —dijo Sara.

Sin esfuerzo, sacó la puerta enrejada de sus goznes. Sue y Sym la contemplaron pasmados mientras ella la apoyaba contra la abertura en la roca.

—¿A dónde vamos? —preguntó mientras le hacía un guiño al pequeño.

Por primera vez, Syrax ignoró la decoración al entrar al despacho de Nara. Las plantas exóticas que adornaban la descomunal sala contrastaban con la imagen de la urbe, visible a través de los grandes ventanales que iban del suelo al techo. El olor dulzón de las flores impregnaba el aire y un murmullo apagado, el suave trino de los pájaros, llegaba desde todas direcciones.

Nara lo recibió con una sonrisa. Syrax respondió con una mirada de resentimiento.

—No entiendo por qué me has hecho esto. Ya me había librado de Kairoon y has vuelto a ponerme en sus manos —protestó con amargura.

La mujer enarcó las cejas, sorprendida. Caminó hasta él con paso tranquilo y le posó la mano sobre el antebrazo.

—No lo has entendido. Es una oportunidad única.

—¿Qué oportunidad? Yo solo quería volver a mi trabajo, olvidarme de todo lo demás.

Nara le dedicó la afectuosa mirada de una madre. Resultaba difícil enfadarse con ella. Su sonrisa cálida, luminosa, sus facciones armoniosas y perfectas, le otorgaban un aura de benevolencia. Syrax sabía que también eran objeto de deseo, aunque él nunca la había visto de aquella manera.

La mentora entrelazó su brazo con el del pupilo y pasearon entre la vegetación. Por un momento, el joven olvidó dónde estaba y creyó que habían abandonado la ciudad. El sutil perfume de la mujer se entremezcló con el de las flores. Su respiración serena se unió al distante canto de los pájaros.

—No quiero trabajar otra vez para Kairoon —gimoteó el muchacho.

—No lo harás. Ahora respondes ante la junta, no lo olvides.

—No veo la diferencia. Todo lo que sé es que mi verdadero trabajo quedará desatendido.

Ocuparon un banco rodeado de follaje y Nara lo miró a los ojos con una expresión cariñosa.

—Cuando estuviste trabajando con Kairoon ¿qué te preocupaba?

—Muchas cosas. Fallar. Defraudarte. Hacer algo incorrecto...

—Más concreto. Sobre la prueba y el sujeto.

—Sara. Se llama Sara.

—Sobre la prueba y Sara —concedió la mujer.

Syrax reflexionó un largo rato acerca de la pregunta. Nara notó sus dudas.

—¿Qué te decía tu instinto? —añadió indicándole que no buscaba una respuesta analítica.

Aquello tranquilizó al joven. Con Nara se sentía cómodo, sabía que podía hablar con franqueza, sin temor a ser juzgado.

—Creo que Kairoon está manipulando la prueba para desfavorecer a Sara, aunque no entiendo por qué.

—Y si estuviera en tus manos, ¿qué te gustaría hacer?

—Querría ayudarla. —La respuesta surgió del corazón, casi sin pasar por su cabeza—. ¿Es algo malo?

—En absoluto. Eres un buen chico, Syrax. Te aprecio mucho, no solo en el terreno profesional. Lamento que creas que te he perjudicado, no era mi intención. Espero que acabes viendo la oportunidad que tienes ante ti.

El joven la miró arrepentido. No vio ningún reproche en sus gestos. Al contrario, parecía preocupada por él.

—Pero ¿cómo voy a ayudarla? —preguntó con un suspiro que salió de lo más hondo de su ser—. Quizá sea demasiado tarde.

Nara sonrió divertida.

—Te olvidas de una cosa muy importante. El tiempo es solo una dimensión más y el protocolo dicta que debe ralentizarse al realizar un estudio, una investigación en este caso. Dispones de un largo periodo, que para Sara serán solo unas horas. Días como mucho.

Syrax enderezó la espalda por un instante. Al poco, volvió a encogerse.

—Aun así... no creo que pueda hacer nada.

La mujer le dio unas palmaditas en el dorso de la mano.

—Me voy a ocupar en persona de ayudarte. No estás solo.

Aquellas dos frases eliminaron el desasosiego con el que el joven había llegado al despacho. Todavía no alcanzaba a comprender qué tarea debía desempeñar para la junta, pero estaba seguro de que con la ayuda de su mentora sería capaz de afrontar cualquier cosa.

Alba frunció los labios, con las manos entrelazadas a la espalda y balanceándose sobre un pie y la punta del otro.

—Lo siento, jefe. Puedo arreglarlo, pero necesito materiales que no tengo.

—Estamos condenados —renegó Oyu, las manos en la cabeza.

—¿Podemos conseguirlos de alguna manera? —preguntó el capitán, ignorando las protestas del hombrecillo.

El rostro de su compañera se iluminó como un día soleado. Apuntó con la nariz respingona al centro del cráter.

—Juraría que allí encontraremos lo necesario.

El líder meneó la cabeza de un lado a otro.

—No. Demasiado arriesgado. Al menos por ahora.

Alba encogió los hombros. Todos giraron al notar que Filo se envaraba hasta que su silueta pareció un listón oscuro clavado en el suelo. Siguieron su mirada hacia el cielo y la devolvieron a su compañero, confundidos. Él permaneció tan inmóvil como las rocas que los rodeaban.

—¿Qué pasa? —preguntó Cuerpo.

Oyu soltó un bufido.

—¿Por qué te molestas?

Con un rápido movimiento, agarró los binoculares que el capitán acababa de sacar, trepó de un ágil salto a la cadera de la amazona y con un segundo brinco se encaramó a su hombro. Examinó el firmamento durante varios segundos antes de arrugar la nariz.

—¿Qué? —preguntó su improvisada plataforma de observación.

—No veo nada —respondió el hombrecillo.

—Trae aquí.

La mujer le arrebató los anteojos, lo cogió por la cintura con una mano y lo dejó en el suelo. Cerró un ojo y miró con el otro a través del artefacto, demasiado pequeño para abarcarle los dos.

—Bah. Yo tampoco veo nada —dijo contrariada.

—¿Me permites? —solicitó el capitán.

Tras recoger el dispositivo de la manaza de Cuerpo, exploró con detenimiento la porción de cielo. Lo movió arriba y abajo, de izquierda a derecha, y finalmente interrogó con la mirada a Filo, que negó con la cabeza mientras señalaba un punto en el suelo del cráter.

El capitán dirigió los binoculares en aquella dirección.

—Tenemos movimiento —dijo entre dientes.

Alba dio un saltito.

—Lista para lo que sea.

—No —dijo el capitán—. Iré con Cuerpo y Filo. Oyu y tú os quedáis aquí.

—Pero... —empezó a protestar la joven.

El hombre de la piel púrpura la acalló con un gesto suave de la mano. Reconoció el terreno durante unos segundos más, guardó los anteojos y le dedicó una mirada amable.

—Hasta que estemos seguros de lo que ocurre aquí, extremaremos las precauciones. No somos unos cualquiera. Nosotros hacemos las cosas bien, con...

Cuerpo, Alba y Oyu acabaron la frase al unísono.

—... paciencia y cuidado.

Filo permaneció mudo.

El calor del sol era notorio incluso a primera hora del día y a través de las túnicas ajadas con las que los miembros de la comitiva iban ataviados.

Fee, Zak, Ada, Lei y varios muchachos más caminaban arrastrando los pies entre dos filas de encapuchados. Vestían sus ropas normales, pero, al igual que sus custodios, portaban visores y mascarillas. Una nube de polvo se levantaba a su paso y era empujada por el ligero viento que solo llenaba de fuego sus pulmones.

En la parte trasera de una de aquellas hileras marchaba Sara, pisándole los talones a Sue y con Sym tras ella. Caminaba encorvada para que su altura no la delatase, mientras que el pequeño iba tan estirado como podía, aunque nadie pudiera verlo detrás. Levantó la cabeza, echó un vistazo y la hundió de nuevo en la oscuridad de la capucha.

—¿Por qué no los liberamos sin más? —farfulló inclinada sobre el hombro de Sue.

La joven giró la cabeza sin detenerse. La capucha le ocultaba la mitad superior de la cara y la otra mitad estaba arrugada en un gesto de preocupación.

—Cállate. Van a descubrirnos —dijo en voz tan baja que la suave brisa casi ahogó sus palabras.

Sara apretó la mandíbula.

—¿Y qué? —masculló—. Vamos a tener que mostrarnos si queremos rescatar a tu hermano y sus amigos. ¿O qué piensas hacer?

Tropezó con ella al no darse cuenta de que la compañía había parado. Los reos formaron al frente, los chicos a la izquierda y las chicas a la derecha. Las dos hileras de encapuchados crearon una sola detrás. Mantenían las cabezas humilladas y las manos juntas, con los dedos entrelazados a la altura del esternón.

Tras posicionarse detrás de las muchachas, Sara volvió a alzar la vista para ver qué ocurría.

«Demasiado tarde», pensó agitada.

A unos quince pasos, un transporte rectangular del tamaño a una furgoneta grande flotaba a medio metro del suelo. A un lado se encontraba el gordo de patas de araña, el cambiante que Sara había visto en la ciudad. Los observaba con aquella gran sonrisa cruel de dientes afilados, entrechocando los dedos puntiagudos y produciendo con ellos unos desagradables chasquidos.

En el lado opuesto había otro cambiante, también con el torso desnudo, pero de piel más pálida y con la faz cubierta por una mascarilla. Sin embargo, lo más sorprendente en él era que sus brazos estaban amputados por debajo del codo y en su lugar habían colocado dos largas espadas. Si el primero era una mole sebosa, el segundo era una montaña de músculos.

Sara escuchó unas pisadas apresuradas, como las de un animal, y se inclinó a un lado para identificar qué las producía. Entre los escuálidos cuerpos de dos muchachas distinguió un tercer cambiante. Avanzaba encogido, a cuatro patas, dejando con sus garras metálicas profundos surcos en la tierra reseca. Su mandíbula era desproporcionadamente grande, de metal brillante y repleta de dientes serrados.

El ser correteó hacia la primera muchacha y la olfateó entre las piernas, como si fuera un perro. Continuó con la siguiente mientras el de las cuchillas llegaba a su altura. De cerca, todavía resultaba más imponente. Medía más de dos metros y era tan ancho como tres parias juntos.

El hombre perro persistió con sus olisqueos hasta llegar a la cuarta joven. Allí se detuvo y soltó un gemido agudo. Giró la cabeza hacia su compañero y los ojos de este refulgieron rojos como ascuas.

—Conocéis las reglas —dijo con una voz profunda y despiadada—. Está encinta.

Sara no estaba lista para lo que sucedió después. Quiso detener el tiempo, pero el movimiento del gigante fue inesperado y demasiado rápido. Antes de darse cuenta, la punta de una de las hojas sobresalía de la espalda de la joven. La sangre resbalaba por ella y caía en gruesas gotas a la dura tierra, tiñéndola de rojo.

—Ya le he dicho que debo ir al despacho del director Kairoon de inmediato —protestó Syrax.

El fornido miembro del equipo de seguridad lo arrastraba sin miramientos por los luminosos pasillos.

—Me envía la junta de creación —añadió el joven, sin que el otro le hiciera el menor caso.

Acabaron en una sala de espera, donde el hombretón lo hundió en una silla y le lanzó una mirada amenazadora.

—Espera aquí —gruñó.

El analista hizo ademán de levantarse. A medio camino lo pensó mejor y volvió a pegar el trasero al asiento.

—Espera aquí —repitió el hombretón, haciendo una pequeña pausa entre las dos palabras.

Satisfecho con el cabeceo del joven, abandonó la habitación.

Syrax resopló indignado. ¿Cómo se atrevían? No iba a quedarle otro remedio que informar de que dificultaban su tarea.

Pasaron los minutos. Se levantó dubitativo para dirigirse a la puerta. Estaba cerrada. La golpeó con el puño.

—¡Que alguien abra! ¡Vengo de parte de la junta de creación!

Si alguien oyó sus gritos, los ignoraron. El joven echó un furibundo vistazo en busca de una cámara o algún dispositivo desde el que le observaran. Nada.

De nuevo en la silla, cabeceó abatido. No esperaba recibir un trato cordial, pero desde luego tampoco aquella muestra de irrespetuosa desobediencia. Era algo que Nara nunca hubiera hecho.

Saltó del asiento como accionado por un resorte cuando la puerta se abrió de repente. Una mujer de rizos cobrizos y figura estilizada entró con paso firme.

—Puedes sentarte —dijo con desdén.

—Vengo de parte de la...

—Estoy al corriente —interrumpió ella—. Soy Kelsa. —Le tendió una mano de uñas largas y bien cuidadas—. Me encargaré de supervisar cualquier acción que realices en nuestro proyecto.

Syrax estrechó la mano de su anfitriona. La examinó con interés. Era bastante más joven de lo que le había parecido a primera vista. Tendría dos o tres años más que él, pero el maquillaje y el elegante vestido que lucía la hacían parecer mayor.

—Supuse que trabajaría con el director...

Kelsa soltó una carcajada melódica, más asombrada que despectiva.

—Conténtate conmigo. Sé lo que vienes a hacer y te aseguro que a nadie le gusta. A mí a la que menos.

—Pero, necesito acceso total...

—Poco a poco, chico nuevo. Tenemos que seguir los procedimientos de seguridad. Y, por supuesto, tendrás que firmar los documentos de confidencialidad. Una vez lo hayas hecho, tendrás acceso al primer lote de documentación.

Syrax soltó un suspiro derrotado. Así que aquel era el plan, enterrarlo en burocracia y papeleo, ponerle tantas trabas como les fuera posible. No estaba dispuesto a volver lloriqueando a chivarse a la junta. Aguantaría un poco, pero solo un poco.

¡Enhorabuena! Has terminado el volumen “Desolación” de la saga *Creadores de universos*. Para mantenerte al tanto de la publicación del resto de las entregas de la saga, así como de los relatos cortos relacionados con los libros, no dudes en visitar la página:

**[www.ivanzaldivarsantamaria.com](http://www.ivanzaldivarsantamaria.com)**

Si quieres apoyar la obra y al autor, no te olvides de dejar una valoración en Amazon, un pequeño esfuerzo que significa mucho.